

## Economía y Ética: agonía de un malentendido. Necesidad y otros supuestos para una nueva Razón Solidaria

### I. INTRODUCCIÓN: CRISIS ECONÓMICAS, CRISIS DE LA ECONOMÍA

Pocas palabras se habrán repetido tanto en estos tiempos como el vocablo *crisis*. En este artículo no utilizaré la acepción comúnmente empleada. Ésta evoca una situación concreta difícil, y lo que es muy importante, momentánea. No cuestiona los fundamentos teóricos del sistema, sino las disfunciones coyunturales introducidas por agentes exteriores al mismo; la falta de competitividad, la rigidez del mercado laboral y el despilfarro público son algunas de las más repetidas últimamente.

Desde este punto de vista, las crisis económicas no son perniciosas, son necesarias. Constituyen un período de purificación que devuelve las perversiones de la realidad a la ortodoxia de los dogmas. Además, sus ventajas no sólo son económicas; también aúnan en el esfuerzo a una sociedad para llegar al nivel de los mejores, y liberan de la angustia a los individuos objetivando con lucidez la antigua verdad de que otros están peor. Ya lo decía el príncipe Don Juan Manuel, como conclusión a uno de los diálogos entre el Conde

Lucanor y Patronio: «Por pobreza nunca desmayéis pues otros más pobres siempre veréis»<sup>1</sup>.

En este artículo pretendo mostrar cómo por encima de las crisis económicas existe una crisis de la Economía. En este segundo sentido, crisis es sinónimo de cambio profundo, de juicio y de replanteamiento global del sistema mismo ante un contexto histórico que así lo demanda.

No quisiera que leyeran en mi discurso ni tintes soteriológicos ni catastrofistas. La tendencia moderna al fatalismo económico de marxistas y liberales no es plato de mi gusto. No veo cómo se puede negar a finales del siglo xx carta de ciudadanía a la libertad, al mercado y a la tecnología; pero tampoco veo, por otra parte, cómo se puede obviar el creciente llanto de tantos hombres y pueblos sin poner en entredicho no sólo su dignidad humana sino también la nuestra.

No demonizar la economía, reconocer su fuerza en los hombres y mujeres de nuestro tiempo, esperar su fecundidad para la Humanidad futura, supone también confrontarla sin miedos a sus propias contradicciones, resituándola en su verdadero lugar de ciencia humana. Un lugar que de facto nunca ha tenido. He aquí el centro del problema, he aquí el desafío.

El pensamiento greco-cristiano relegó la economía al rango de ciencia subsidiaria de la política, y por ende de la ética<sup>2</sup>, haciéndola sospechosa de concretar y promover las peores pasiones del hombre. Dulce venganza le concedió la Modernidad, al otorgarle el monopolio de la objetividad y de la racionalidad, sometiéndole la política y estimando la ética como palabrería inútil. Este gran malentendido histórico entre ética y economía (II apartado) culmina en la obra de

1 D. Juan Manuel, *El Conde Lucanor*, Madrid, Ed. Cátedra, 1979; p. 50.

2 Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1,2. La economía, junto con la ciencia militar y la retórica dependía de la ciencia arquitectónica por excelencia entre las ciencias factivas: la política. Estas a su vez se encontraban orientadas por la ética, ciencia práctica, cuyo objeto era la perfección interior del hombre. En lo más alto de la pirámide epistemológica aristotélica, las ciencias especulativas, las cuales atañían al conocer mismo.

Adam Smith, de una sutil manera, al ver éste en la armonía natural del mundo económico, el último acto misericordioso de Dios para salvar a la Moral de los moralistas<sup>3</sup>.

La mundialización creciente de la economía, causada en parte por una revolución cibernética sin precedentes, ha aumentado la complejidad e interdependencia de nuestras sociedades con las posibilidades que ello implica, pero también ha elevado a dimensión planetaria los riesgos. Conquistar una economía humana es hoy una cuestión de supervivencia. El resurgimiento de la inquietud ética en el interior mismo de la economía (III apartado), avalado por una amplísima bibliografía de economistas en el último quinquenio, es el testimonio de una insatisfacción profunda y revela una crisis en marcha.

Sin embargo, no toda la ética es orégano (IV apartado). Algunos han descubierto en ella un buen negocio; otros el amortiguador de seguridad concebido para que nada cambie. Demasiada gente está interesada en la ceguera de la economía, como para que un cambio global se pueda producir gracias a un centenar de artículos. Conquistar una economía humana sólo puede ser el resultado de una Nueva Civilización, que sepa diferenciar vitalmente la tolerancia de lo intolerable, rebelándose contra esta cultura de la satisfacción incapaz de ver más allá de su ombligo. Testigos de una nueva lógica solidaria capaz de traducirse políticamente en instituciones internacionales operativas y justas. Resituarse la Economía al servicio del hombre, significa resituarnos también nosotros como seres solidarios. Hoy, esto ya no es un sueño romántico sino una apuesta realista.

## II. CULMEN DE UN GRAVE MALENTENDIDO

En 1769 el ingeniero escocés James Watt patenta la primera máquina de vapor. En el corto espacio de veinte años su máquina

<sup>3</sup> Jean Claude Perrot, «La main invisible et le Dieu caché», en *Histoire intellectuelle de l'économie politique*, Paris, Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1992; pp. 333-355.

recibió múltiples mejoras y el mundo conocido transformó su imagen gracias a una revolución industrial y dos revoluciones políticas. Sin embargo, más allá de tanta convulsión, lo que cuenta es la emergencia de una cosmovisión que reivindica al sujeto como protagonista, y que se afirmará como el paso de una mítica tradicional a una mítica nueva, cuya convicción más visceral es la de no querer o no saberse mítica<sup>4</sup>.

En este sentido la Modernidad no sólo debe ser considerada como un periodo histórico, sino también como un cambio copernicano en la manera que el hombre tiene de comprender la naturaleza y las relaciones con sus semejantes. Representa un cambio fundamental en la historia de la humanidad que nombraremos como la *revolución del sujeto*.

En efecto, el mundo de la tradición contará menos que el mundo del individuo. La ideología holística medieval, para la cual el individuo tenía sentido esencialmente en función de la totalidad social, se resquebrajará progresivamente. Esta emergencia del sujeto traerá consigo una dolorosa crisis de todas las identidades sociales, culturales y religiosas. Todo constituye una buena razón para la crítica, incluida la Razón misma.

La ruptura con todo dogma, con cualquier pensamiento obligado o heredado, el deber de pensar por sí mismo constituyen para Kant la esencia del hombre moderno. Paradójicamente, la consolidación del campo de lo privado provocará el nacimiento de una sociedad civil, la cual desarrollará los intercambios de mercancías y de trabajo, así como la existencia de un espacio para el ejercicio de la crítica que terminará por llamarse opinión pública. Esta última tiene en la libertad y la igualdad sus más indiscutibles postulados.

El enfrentamiento violento entre la nueva sociedad civil, encarnada en la triunfante figura del burgués, y una sociedad de Antiguo Régimen fundada sobre la ortodoxia teórica y la heredada inmovili-

4 Cf. Alphonse Dupront en Roger Chartier, *Les origines culturelles de la Révolution Française*, Paris, Ed. du Seuil, 1981; p. 7.

dad de las condiciones sociales, no podía suponer más que una cuestión de tiempo.

Sin embargo, la Modernidad no se constituye solamente como lucha contra la tradición. Se consolida también como alternativa ante el desafío de una realidad insólita, marcada por el éxodo rural, las nuevas máquinas y la división social del trabajo, que el pensamiento medieval era ya incapaz de comprender e integrar<sup>5</sup>. El liberalismo se hace posible en una sociedad moderna que orienta todos sus esfuerzos hacia el conocimiento y el dominio de la naturaleza y de sus leyes. Este tipo de conocimiento induce en el hombre una actitud nueva hacia la naturaleza que no será contemplativa, sino agresiva.

Paralelamente a la filosofía de la Ilustración, el liberalismo reivindica la primacía del sujeto, pero lo concibe esencialmente como un «homo oeconomicus» que lucha y conoce para *poseer*; centro de una sociedad nueva donde primarán las relaciones de los individuos con los objetos sobre una anterior dónde primaban las relaciones de los sujetos entre sí<sup>6</sup>.

La emergencia de la *economía como un saber autónomo*, es consecuencia de esta primacía y representa, más que cualquier otra característica, la victoria sobre el pensamiento clásico de la cosmovisión moderna. En todas las culturas, en todas las épocas, la economía se había concebido como un campo de la actividad humana imbricado y dependiente de la política y de la moral. El pensamiento aristotélico-tomista, sin ir más lejos, no constituye una excepción<sup>7</sup>.

La verdadera fuerza del liberalismo se fundamenta en esta emergencia de la economía como ciencia independiente. Esta es el

5 El mundo económico premoderno conserva una estructura aristotélica, en el sentido de que tiene en la autosuficiencia su finalidad central. Resultaba imposible dar respuesta a la nueva situación industrial sin romper este marco de comprensión. Cf. Catherine Larrère, *L'invention de l'économie au XVIII siècle.*, Paris, Ed. PUF, 1992; pp. 312-14.

6 Louis Dumont. *Homo Aequalis*, Paris, Editions Gallimard, 1985; vol. I, p. 82.

7 Aristóteles, *La Política*, I,2 y I,9-10; Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, II-II. Q.77. a.4. Madrid, BAC, 1990; pp. 599-600.

fruto de un lento proceso histórico de emancipación que se desarrollará en una doble dirección:

A. *Emancipación de la moral*. Hobbes, Mandeville y Hume habían hecho del interés individual el centro de gravedad de las ciencias humanas. Este selft-interest constituye también para A. Smith el principio newtoniano de la nueva ciencia: «*No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero, la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo*»<sup>8</sup>. En esta primacía del individuo sobre el bien común, el economista escocés ve más que una actitud moral: la expresión misma de nuestra constitución biológica.

¿Cómo integrar este atomismo económico en una visión social de conjunto? ¿Cómo evitar la guerra de todos contra todos en tales circunstancias? Los diferentes intereses egoístas son conducidos *como por una mano invisible a promover el bien común*<sup>9</sup>. En el interior mismo de la realidad se desarrolla una *armonía natural*, preconcebida, providencial.

La clarificación de los fines, el establecimiento de unas prioridades, la lucha por el bien común, en definitiva el sentido de una acción, dejan de ser el objeto de un voluntarismo ético construido desde arriba, para descubrirse en el desenvolvimiento interno de esta realidad armónica.

Smith fue un ingenuo, pero no un cínico. La contradicción entre la *Teoría de los sentimientos morales* y la obra citada es más aparente que real, pues él nunca dejó de ser un moralista. Claude Perrot demostró la influencia agustiniana-jansenista sufrida por la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, según la cual el interés privado constituiría el deplorable fruto de nuestra naturaleza caída, mientras que la armonía económica sería la última bondad divina para mantener a la sociedad viva hasta el último juicio.

<sup>8</sup> Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 7.ª edic. 1992; p. 17.

<sup>9</sup> A. Smith, o. c., p. 402.

De esta manera, para A. Smith, el carácter amoral de la economía, lejos de animar a la inmoralidad, constituía el baluarte más importante de la Providencia para evitar que el hombre fuera devorado por sus propias pasiones. Cuando pocos años más tarde, al Dios escondido le suceda el Dios perdido, la Historia del pensamiento transformará esta disolución química smithiana de la ética en una realidad económica naturalmente armónica, en una disolución sin más, de los lazos que tan íntimamente unían economía y ética. Si el bueno de Smith levantara la cabeza, renegaría este asesinato de la moral que, lejos de cometer, creyó preservar para siempre.

B. *Emancipación de la política.* La escuela fisiocrática, gracias a Quesnay, fue la primera en defender la economía como un todo interdependiente, coherente. Quizá por ello, sea también la precursora del célebre «laissez faire, laissez passer» que prevenía contra el desastre que toda intervención política podía ocasionar en los asuntos económicos.

La mano invisible de Smith dio valor mítico a esta intuición. Digo mítico porque pocos años más tarde las obras de Maltus y de David Ricardo echarán abajo la ingenua armonía natural smithiana. El economista londinense en sus *Principios de Economía política* mostrará cómo la potente Gran Bretaña de principios del XIX tenía todo el interés del mundo en importar el trigo foráneo mucho más barato. Siendo el salario de un obrero calculado en trigo, a partir de la subsistencia mínima de una familia, la medida favorecía a la naciente clase burguesa, pero hundía en la miseria los intereses de la aristocracia latifundista.

La contestación implícita del optimismo smithiano no hundió la Economía naciente. David Ricardo le otorga rango de ciencia pura, buscando con ahínco sus leyes propias, expresión que no encontramos en Smith, y admitiendo como legítimo el método deductivo. Dios ha desaparecido y las pasiones políticas con él. Desde entonces, la economía será considerada como una ciencia objetiva, racional e ineluctable.

La economía naciente entroniza con su triunfo al homo oeconomicus egoísta y racional, pero sacraliza sobre todo la realidad tal cual

es. La realidad o es buena por definición, o es la mejor por ser la única posible. El liberalismo muestra su carácter conservador en esta gran negativa al cambio. Tanto el optimismo providencialista smithiano como el fatalismo determinista ricardiano coinciden en la exclusión de la exigencia ética y de la consiguiente responsabilidad política.

Paradójicamente la economía que había liberado al individuo, en su aislamiento de otras ciencias humanas, termina por desresponsabilizar y desmovilizar al ciudadano. La mejor política es la que no existe. El carácter ideológico de esta mítica liberal ha llegado hasta nuestros días. En tiempos de bonanza volverá a nuestros oídos el discurso de la armonía de intereses, según el cual los multimillonarios son necesarios para que existan menos pobres; en tiempos de crisis, como el nuestro, el discurso toma tintes ricardianos, y así no se puede seguir otra política monetaria, ni social, ni por supuesto existe alternativa de futuro a aquella impuesta por el contexto internacional.

Partiendo de las hondas raíces de este malentendido histórico, el retorno de la inquietud ética al interior mismo de la Economía alcanza una significación extraordinaria, ya que atañe al núcleo del sistema económico mismo en la delimitación de su espacio. ¿Por qué hoy, cuando el modelo es ya bicentenario? ¿Significa que los economistas contemporáneos reniegan de sus fundadores, o, por el contrario, es el fruto de un fundamentalismo liberal necesitado de válvulas de escape?

Analizaré en primer lugar las causas del fenómeno, para esbozar a continuación las diferentes respuestas que desde el campo de la ética aparecen ante esta nueva demanda. Entre la vuelta nostálgica al moralismo del pasado y la propuesta de un utilitarismo ético que atenúe los efectos sin atacar jamás las causas, quizá se abra la posibilidad de una ética dialógica y un orden político nuevos, capaces de devolver a la economía su auténtico rango de ciencia humana.

### III. EL RETORNO ÉTICO, CUESTIÓN DE NECESIDAD

Las causas de este renacimiento de la inquietud ética en el campo de la economía tienen mucho que ver con el salto cualitativo sin precedentes que, en los últimos quince años, experimentó la acción humana. En 1945 el hombre descubrió por primera vez las dimensiones autodestructivas planetarias de su poder militar; en estos últimos años, este riesgo límite ha alcanzado campos tan diversos como la genética, la psiquiatría, la ecología o incluso el mundo de la comunicación<sup>10</sup>. La economía no podía resultar indemne en este contexto de fragilización e incertidumbre, y desde su interior voces autorizadas se elevan en favor de lo que Hans Jonas definió como el *Tiempo de la Responsabilidad*<sup>11</sup>.

#### III.1. RAZONES IDEOLÓGICAS

La crisis económica de 1973 marca para los países de Norteamérica y Europa occidental el fin de los treinta gloriosos. Un año más tarde, y como por casualidad, mueren también las esperanzas de resurrección económica del tercer mundo, con el fracaso anunciado de la Conferencia de París en busca de un Nuevo Orden Económico Internacional. En el banquillo de acusados la política económica keynesiana y el Estado.

Con estas premisas la ortodoxia económica se convierte al neoliberalismo, el cual se concreta políticamente, a principios de los 80, con la llegada al poder de la Sra. Thatcher y del Sr. Reagan. Los objetivos fundamentales de la nueva política económica son la reducción

10 Paul Ricoeur, «Postface au Temps de la Responsabilité», en *Autour du politique. Lectures I*, Paris, Edit. du Seuil, 1991; pp. 270-293.

11 Hans Jonas, *Le temps de la Responsabilité*, Paris, Du Cerf. 1990. Esta responsabilidad colectiva sobre las generaciones futuras, que el autor exige en el campo de la ecología puede, en mi opinión, extenderse al campo de la economía quizá aún con mayor agudeza.

de la inflación y del déficit público; lo demás vendrá por añadidura. Para conseguir el primer objetivo, se niega la eficacia del aumento de la presión fiscal, apostando por una política de restricción monetaria basada en un elevado aumento de los tipos de interés. Esta medida enfriaría por si sola las tendencias inflacionistas de la economía, y atraería la inversión extranjera reduciendo el déficit público. A ello colaborarían decisivamente la retirada progresiva del Estado de sus obligaciones sociales y una reprivatización masiva tanto de sus actividades económicas como de sus métodos de funcionamiento.

Las consecuencias inconfesadas tampoco se hacen esperar. Dicha política monetaria, trajo consigo un aumento instantáneo y alarmante de la deuda externa de los países del tercer mundo. Además, el abismo de la desigualdad también se vio profundizado en los países desarrollados: por un lado, y junto a la reducción de impuestos, las altas tasas de interés acrecentaron aún más la riqueza de los pudientes, gracias no sólo a unos pingües y fáciles beneficios financieros, sino también a la tendencia desinflacionista que éstas provocaron; por otro, a la penalización subsiguiente de las inversiones productivas, la subida de tipos añadió un mayor endeudamiento de las empresas, saldado las más de las veces, con planes draconianos de reajuste y reducción de plantilla, que engrosaron significativamente el campo de los empobrecidos.

Consecuentemente el mundo financiero experimenta un crecimiento sin precedentes. Los nuevos instrumentos tecnológicos favorecen la interconexión de los mercados financieros de capitales. A ello contribuye la *desregulación* practicada por casi todos los estados así como la desintermediación bancaria. Primero habían sido las comunicaciones, más tarde el comercio de materias primas y de productos manufacturados. Se daba así el último paso en el irreversible proceso de mundialización económica.

En efecto, la mundialización desregulada ha desarrollado nuevas posibilidades, pero también riesgos desconocidos hasta ahora. La selva es mayor y las reglas de control mucho más escasas. La caída del Muro de Berlín consagró esta marcha triunfante del fundamenta-

lismo liberal. Sin embargo, la falta de enemigo no sólo no ha acrecentado las certezas sino que ha abierto una puerta a la incertidumbre.

También asistimos a la caída del cientismo<sup>12</sup>. Nadie cree hoy en la economía como una ciencia pura. Las previsiones alimentan la opinión pública sin poder evitar verse contradichas sistemáticamente. Se sospecha que la Economía quizá no se baste a sí misma, negándola como fuente de armonía natural. No se puede ya tomar una decisión económica al margen de las consecuencias sociales y culturales que provoca. El neoliberalismo en un contexto de mundialización económica no ha podido eliminar una incertidumbre y un desencanto crecientes. Las voces que piden una vuelta ética son numerosas, pero las funciones que de ella se esperan son muy diferentes y, en ocasiones, demasiado ambiguas.

### III.2. CAUSAS INTERNAS AL SISTEMA

#### III.2.A. *La lógica comercial*

La deuda externa no es el único problema acuciante al que se ven confrontados los países del tercer mundo. En los últimos quince años, han visto degradarse los precios de sus productos en relación a aquellos que se ven obligados a importar del extranjero. El deterioro de los términos de intercambio revela una pérdida proporcional de poder adquisitivo. Esto significa que, para mantener los mismos niveles de ahorro y de consumo, cada vez deben producir más, amenazando seriamente sus recursos naturales.

En el campo de las *materias primas* esta verdad resulta sangrante. Se ha querido explicar gracias a la concurrencia de productos sintéticos de sustitución de materias primas tradicionales como el azúcar, el algodón, la lana, el caucho o el metal; también se han

12 Roger-Pol Droit, «Entretien avec Claude Lévi-Strauss», en *Le Monde*, 8-X-1991, p. 2.

subrayado las repercusiones de los avances tecnológicos que, aportando significativas ganancias de productividad, reducen también los costes de producción.

Sin negar la parte de cierto existente en estas explicaciones, el deterioro de los precios es, sobre todo, el signo visible de las progresivas diferencias de poder entre los diversos países. Las materias primas son esenciales para la economía del tercer mundo, pero los países del tercer mundo no son esenciales para los mercados internacionales de materias primas<sup>13</sup>. Y ello, sin contar con la fuerza que ejercen al nivel de la producción las firmas transnacionales, las cuales gracias a una disciplinada integración vertical, no hacen sino aumentar un comercio cautivo que escapa al control de los estados.

Curiosamente las leyes de mercado tan escrupulosamente respetadas para los productos primarios, son claramente restrictivas cuando se trata de productos manufacturados y de trabajo. Si las barreras arancelarias son cada vez menos numerosas, las no arancelarias (medidas de higiene, normativizaciones inalcanzables, cuotas de producción, etc.) proliferan destinadas a obstaculizar aquellos productos en los que los países en vías de desarrollo son mucho más competitivos debido a la utilización intensiva de una mano de obra más barata.

En este campo, la disparidad de fuerzas se muestra en el absoluto control que los países desarrollados poseen de la tecnología. El saber constituye hoy el cuarto gran factor de producción. Más que nunca saber es poder. Por otra parte, la costosísima importación de altas tecnologías no asegura el éxito a los países en vías de desarrollo. Una empresa ultramoderna en un desierto industrial y con mano de obra no cualificada es inviable. Preparar las estructuras de acogida, formar los hombres, prever las consecuencias culturales, supone un esfuerzo ímprobo para terminar descubriendo al final del camino que la carrera tecnológica les ha distanciado aún un poco más.

13 Cf. René Sandretto, *Le Commerce international*, Paris, Armand Collin, 1991; pp. 119-151.

### III.2.B. *La lógica industrial*

La internacionalización creciente de los mercados y la consiguiente regionalización política han traído como consecuencia la total reestructuración del sistema productivo. Buena parte de las empresas se han visto obligadas a emprender fusiones o adquisiciones para alcanzar una talla europea o mundial.

Este esfuerzo persigue como objetivo la creación de producciones a gran escala. Este tipo de producción contradice la ley clásica de los rendimientos decrecientes, al disminuir de manera absoluta los costes a medida que la producción se hace cada vez mayor. Esto sucede en los campos donde los costes fijos de investigación e instalaciones son mucho más importantes que el aumento de los costes variables.

La concentración y fusión crecientes de las grandes empresas implican la concentración de la responsabilidad y decisión económicas en muy pocas manos. Esta monopolización creciente del capitalismo industrial, ya profetizada por Galbraith, supone la exclusión de masas enteras del engranaje económico.

Así, por ejemplo, un estudio del departamento francés Rhones Alpes preveía, para finales de siglo, que la riqueza y la alta tecnología en Europa se concentrarían en un espacio reducido, con forma de banana, que abarcaría desde Londres hasta el norte de Italia, atravesando Holanda, Bélgica, y el oeste de Alemania y de Suiza. Dos núcleos aislados de desarrollo completarían el cuadro: la región berlinesa y la región parisina <sup>14</sup>. ¿Qué pueden esperar Extremadura o el Algarve portugués, por no poner otros ejemplos, de esta Europa de la integración? ¿Qué puede esperar África? ¿No es esto otra forma de totalitarismo que amenaza la democracia? ¿La emigración masiva e incluso los nacionalismos no tienen nada que ver con esta monopolización económica ciega ante las diferentes realidades sociales y

14 Prefecture de region Rhône-Alpes, *Rhône-Alpes, une chance de plus pour la France dans l'Europe. XI Plan Stratégie de l'Etat en région*, 5-XI-92; p. 5.

culturales? ¿Un capitalismo de estas características no exige una regulación ética y política a escala planetaria?

### III.2.C. *La lógica financiera*

Esta lógica se inscribe en una actitud individual de búsqueda de poder. Si la lógica industrial se plantea en la mayoría de los casos a medio y largo plazo, ésta última busca una plusvalía a corto plazo en la compra de empresas en dificultad, pero con un buen potencial de futuro o algunos activos infravalorados.

No se puede circunscribir toda la responsabilidad a la perversión de unos pocos trepadores<sup>15</sup>. La internacionalización financiera, la infinidad de productos disponibles, les facilitan los instrumentos necesarios para controlar un máximo de activos con un mínimo de capital propio. Los grandes montajes financieros les permiten así un opacidad reprobable pero sobre todo propician una fuga hacia adelante, que en momentos difíciles, contará incluso con la complicidad de honestos socios demasiado implicados para dar marcha atrás.

En la actualidad, el predominio en el mundo económico de la esfera financiera sobre la esfera productiva es incontestable. La separación progresiva entre ellas ha aumentado los riesgos de forma preocupante. Los mercados de opción y de futuro, creados en principio para salvaguardar el comercio internacional de la incertidumbre, han terminado constituyéndose fundamentalmente en mercados especulativos.

Con frecuencia, el aumento de instrumentos financieros en el mercado internacional tiene como origen la búsqueda de una estabilidad económica que favorezca los intercambios y aumente la confianza de los inversores. Paradójicamente, esta complejidad acrecienta la imbricación convirtiendo la osadía individual o gremial en

<sup>15</sup> Cf. Jean-Marie Chevalier, «Fragilités Capitalistes», en *Le Monde*, 17-III-92; p. 43.

riesgo sistémico. Los casos de Maxwell, KIO, Ibercop, Banesto, revelan la fragilidad del sistema. El estado con auténticas macrointervenciones, curiosamente éstas nunca son criticadas, evitará males mayores devolviéndole credibilidad. No podrá impedir sin embargo, que desde las entrañas del sistema financiero mismo, emerja la necesidad de una regulación ético-política.

### III.3. LÍMITES ESTRUCTURALES

#### III.3.A. *Finitud del planeta*

Por primera vez en la historia, la humanidad está capacitada para autodestruirse. En la *polis* griega, la acción humana se desplegaba al abrigo de una naturaleza pensada como invulnerable, incluso como hostil. La relación en nuestra era tecnológica se ha invertido: es la naturaleza la que se encuentra amenazada.

El problema ya es antiguo, pero la agudeza con la que se presenta ante nuestros ojos no. Aunque no me alargaré concretándola pues los artículos especializados son numerosos, parece incontestable que se ha producido un salto cualitativo en la capacidad destructiva del hombre. Estamos confrontados a una *responsabilidad* que no se reduce a la mera imputabilidad de mis actos. Por suerte o por desgracia, no soy sólo responsable de mí mismo. Querámoslo o no, tenemos en nuestras manos el futuro de nuestros hijos, al que podemos responder afirmativa o negativamente de una manera irrevocable.

Esta responsabilidad de futuro atañe de forma directa a la economía. Más allá de todo discurso apocalíptico, no podemos dejar de preguntarnos sobre cómo salvaguardaremos nuestros recursos naturales para generaciones venideras, si dejamos la lógica económica productivista abandonada a sí misma.

### III.3.B. *La Pobreza*

El Padre Lebret se escandalizaba, a principios de los 60, de cómo los países desarrollados con un 18,4 % de la población acaparaban el 55 % de los recursos. Por el contrario, el 45,7 % de la población en desarrollo no disponía más que del 17,5 % del producto mundial, para una población estimada en 2912 millones de personas<sup>16</sup>.

En 1989, la quinta parte más rica contaba con el 82,7 % del ingreso, el 81,2 % del comercio mundial, el 94,6 % de los préstamos comerciales, el 80,6 % del ahorro interno y el 80,5 % de la inversión<sup>17</sup>. La quinta parte más pobre debe conformarse con una renta per cápita de un dólar diario.

En 1991, según el Atlas del Banco Mundial, tan sólo tres países, Estados Unidos, Japón y Alemania, acaparaban el 49,01 % de la Producción Mundial. Según la misma fuente, y sobre un total de 222 países, los quince primeros representaban más del 80 % mientras que los 123 últimos constituían menos del 1 % del total mundial. En el mismo estudio se revelaba cómo, mientras Suiza alcanzaba una renta «per capita» de 33.510 dólares, un país como Mozambique no podía superar los 70 dólares por persona y año.

En 1960, el 20 % más rico registraba ingresos treinta veces más elevados que los del 20 % más pobre. En 1990 esta proporción se ha multiplicado por dos. Este gran escándalo no es el fruto del fatalismo, sino de un modelo económico incapaz de redistribuir equitativamente la riqueza, e insensible a las diferentes realidades sociales y culturales del universo. No me extenderé más sobre estos datos, que sin embargo bastan por sí mismos para exigir un cambio global, pues buscar razones para explicar por qué la pobreza es vergonzante supone admitir su existencia.

<sup>16</sup> Estimaciones de Alfred Sauvy en Louis Joseph Lebret *Desarrollo revolución solidaria*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 1969; pp. 22-26.

<sup>17</sup> Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo. *El abismo de la desigualdad. Resumen del informe sobre desarrollo humano*, Barcelona, Cristianisme i justícia, 1992; p. 3.

#### IV. UNA NUEVA RAZÓN SOLIDARIA: CONVENIENCIA Y CONVICCIÓN

Todas estas causas revelan por qué la ética está de moda en economía. Sin embargo, las diferentes funciones y contenidos que se le otorgan en cada caso, aumenta la complejidad de este fenómeno. Qué ética y para qué son las preguntas que quisiéramos responder en este apartado.

##### IV.1. LA ÉTICA COMO NEGOCIO

«Good ethics make good business» es la frase más repetida en los medios empresariales en los últimos tiempos. Responde al descubrimiento de que la ética también vende. La honestidad constituye, en un mercado excesivamente competitivo, la mejor estrategia de venta<sup>18</sup>. En un mercado donde los productos se repiten, la confianza del consumidor es un bien precioso a conquistar.

La segunda gran ventaja concierne a los trabajadores. Está demostrado que el grado de autorrealización de éstos influye directamente en la productividad de la empresa. La calidad ética de una empresa favorece un dinamismo, una sinergia de esfuerzos, ya que todos, no sólo los jefes, comparten unas mismas convicciones. Finalmente, la ética puede capitalizarse como una imagen de marca. IBM o Hewlett-Packard han sido dos empresas pioneras en esta revolución del marketing.

La *business ethics* utiliza en su favor la palabra ética cuando no constituye más que una deontología. Esta última se distingue de la ética en que es particular y no universal. Busca el bien de los otros únicamente como medio para alcanzar el propio interés del grupo al que representa. Por otra parte, esta ética de la empresa corre el ries-

18 Cf. Tom Peters, *Le chaos management. Manuel pour une nouvelle prospérité de l'entreprise*, Paris, Interditions, 1988; pp. 593-598.

go de ser algo más que un abuso de lenguaje en el uso cínico del sentido moral de sus consumidores y trabajadores. La deontología constituye un primer paso de la actitud ética; un paso necesario, pero en absoluto suficiente para sentirme en verdad responsable de mi hermano <sup>19</sup>.

#### IV.2. LA ÉTICA COMO VÁLVULA DE ESCAPE

El neoconservadurismo, fundamentalmente americano, mantiene una actitud muy positiva frente a la Modernidad económica y política, confrontándolas a una decepción profunda ante los resultados de la Modernidad cultural <sup>20</sup>. La continua demanda de un rearme ético de la sociedad no implica en absoluto cambio alguno del sistema en su esfera económica o política. Sería una ética gendarme, encargada de evitar los excesos y las corrupciones que el sistema económico, fiel a sí mismo, no puede impedir.

Aunque nada tiene que ver con el neoconservadurismo, la actitud de los estados frente a la ayuda internacional comparte esta visión de la ética como regulador funcional, para evitar males mayores que dañaran seriamente sus intereses. Por ejemplo, las concesiones hechas por la Comisión Europea a los países africanos en los acuerdos de Lomé, no son puro altruismo. Persiguen consolidar económicamente una zona caliente de emigración con destino al viejo continente. En el mismo sentido, la mayor parte de los créditos internacionales son bipartitos y su concesión está condicionada con frecuencia tanto a la apertura de mercados para las empresas del país emisor como a todo tipo de estrategias diplomáticas. A pesar de todo, este tipo de iniciativas no dejan de ser positivas, si bien nunca podrán constituir una alternativa durable.

<sup>19</sup> Cf. E. Perrot, «La bonne affaire de l'éthique», en *Etudes*, Paris, Mars, 1992; pp. 345-353.

<sup>20</sup> Cf. Jürgen Habermas. *Les Néoconservateurs critiques de la culture*, Paris, Du Cerf, 1990; p. 68, en Francisco Javier Martínez. *Le Néoconservatisme: un plaidoyer moral pour le système*, Genève, Université de Genève, p. 52.

## IV.3. LA ÉTICA COMO IMPERATIVO CATEGÓRICO

La ética comprendida como instancia dadora de sentido, me implica con y por los otros, en la construcción de unas instituciones justas<sup>21</sup>. Tiene la ventaja de que uno puede adoptar los mismos valores prácticos que otro que no comparte ni la misma filosofía, ni la misma cultura, ni la misma religión. Sin embargo, en su tolerancia, dibuja con precisión *la frontera de lo innegociable*, de lo indigno. No sólo delimita el espacio de mis convicciones sino que subraya el de nuestras responsabilidades.

Esta ética es necesaria pero insuficiente. Necesaria porque sólo para un ser ético el bien común constituye un problema vital; insuficiente porque en su carácter abstracto, formal y negativo, nos marca el fin a alcanzar sin delimitar el camino concreto que hay que seguir. La ética necesita de la política para ser real, como la política necesita de la ética para no ser la cínica parábola de los más fuertes<sup>22</sup>.

Esta política entendida de manera general como el espacio de la acción humana razonable, necesita también de todas las ciencias humanas para que la orienten en la acción concreta. Una de ellas, y no la menos importante en un mundo que tiene que alimentar a seis mil millones de personas, es la economía.

Apostar por una economía humana no supone demonizar la racionalidad económica, ni apoyar nostálgicamente la vuelta al poder de los moralistas. Resituarse la economía en su verdadero lugar es atacar el autismo epistemológico en el que se encuentra sumergida desde hace dos siglos. El pretendido carácter apolítico de la economía también es falaz. La propuesta liberal de suprimir toda intervención política en los asuntos económicos, lejos de mostrar la inutilidad de la política, representa otra manera de llevarla a cabo para satisfacción de los mejor dotados. La economía es hoy imprescindible para las ciencias humanas, pero éstas también lo son, para que

21 Cf. Paul Ricoeur, «Ethique et morale», en o. c., p. 257.

22 Cf. Eric Weil, *Philosophie politique*, Paris, Ed. J. Vrin, 1989; p. 22.

ella recobre su verdadera finalidad, al servicio de toda la persona humana, de todas las personas humanas.

Esta gran apuesta por una economía humana tropieza con dos problemas de gran envergadura. El primero es de carácter teórico y atañe a su marco epistemológico de referencia. He querido mostrar el paralelismo entre la realidad insólita de finales del siglo XVIII que exigía a voces un nuevo marco de comprensión, y la de estos últimos quince años que el modelo newtoniano de equilibrio autorregulado es incapaz de afrontar<sup>23</sup>. Si en el campo de la física, por ejemplo, hace ya muchos años que han aparecido modelos claramente alternativos, la economía contemporánea sigue viviendo de rentas, ensanchándose cada día el abismo que separa la teoría de la realidad<sup>24</sup>.

El segundo problema, aunque atañe a la praxis, no es más fácil. La moralidad, o es compartida por todos, o no lo será por ninguno. En un mundo que ha roto las barreras del espacio y el tiempo, las soluciones no pueden venir de un orden político internacional basado en el concepto de soberanía, donde el único protagonista intocable es el estado y sus intereses propios. Recuperar una economía que no confunda crecimiento con desarrollo humano, que deje de tener en los diferenciales de inflación y competitividad sus objetivos primordiales, exige un nuevo orden político internacional.

¿Cómo hacer de esto algo más que un voto piadoso? ¿Cómo concretar una *Organización de Naciones Unidas*, con capacidad de decisión y coerción suficientes para mantener durablemente la paz, asegurando la promulgación y el respeto de un verdadero *derecho internacional*? ¿Cómo hacer viable que el *Banco Mundial* y el *Fondo Monetario Internacional* desarrollen algo más que funciones cuasipolíticas? ¿Cómo aprovechar los aportes positivos aunque parciales de propuestas tan definidas como las del último informe del *Programa*

23 Will Hutton, «Obituary notice for old-style economics», en *The Guardian*, 21-III-1994; p. 15.

24 Cf. Mario Bunge, *Economía y filosofía*, Madrid, Tecnos, 1985; pp. 112-114.

de Naciones Unidas para el Desarrollo<sup>25</sup>, que intentan regular la violencia de nuestras sociedades por otras vías que las del miedo a no encontrar o perder un trabajo?<sup>26</sup>

Existe demasiada gente interesada en no cambiar nada como para quedarse contento con los leves contornos de una propuesta romántica. Pero también existe demasiado sufrimiento humano como para no rendirse a la evidencia de que nuestra civilización está enferma, por haber traicionado sus propios sueños.

En su *fundamentalismo* liberal teórico, buscando seguridades en tiempos de incertidumbre, traiciona aquella *Libertad* de pensar por sí misma, de cuestionarlo todo; con su *fatalismo* económico, convierte a la eficacia en totem sagrado, negando una *Igualdad* que nunca podrá llegar a existir sin una lógica redistributiva; en la *satisfacción* como cultura, consagrando el interés propio como motor vital, descalifica la *Fraternidad* como auténtica dadora de sentido a la vida humana.

Fundamentalismo, fatalismo y satisfacción tres perversiones que inmovilizan nuestra realidad y adormecen nuestro coraje. El paso de la Edad Media a la Modernidad necesitó tres revoluciones. Nuestra apuesta requiere la impugnación de nuestro plácido bienpensar, el asalto a nuestro lúcido desencanto y la rebelión contra

25 Aprobar una carta social mundial; crear un dividendo de la paz que reduzca en un 3 % los gastos militares para el decenio; establecer una serie de gravámenes de alcance mundial tanto sobre las transacciones financieras especulativas, como sobre cada barril de petróleo; conquistar definitivamente el prometido 0,7 % del PNB de los países desarrollados como AOD; aprobar un pacto de desarrollo humano 20:20 en virtud del cual tanto los países donantes como los receptores reserven dicha proporción en sus presupuestos para cuestiones humanitarias prioritarias; finalmente se propone la creación de un Consejo Económico y Social. Con todo ello, en los próximos cinco años se recaudarían 250.000 millones de dólares, lo que tan sólo representaría el 1 % del PIB mundial. El mismo informe se pregunta si la humanidad no puede permitirse esto, para su supervivencia colectiva, cuando ha estado dispuesta a gastarse el 4 % del PIB en armamento. Cf. PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano 1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994; pp. 1-15.

26 Cf. Philippe Simonnot, «La politique du chômage tranquille», en *Le Monde*, 8-VI-93; p. 38.

nuestro propio bien-estar indiferente. En el horizonte, la conquista de la opinión pública en un siglo XXI que será solidario o no será.

Abstenerse de ello será también una opción. No es un tiempo para declinarlo en singular. Ni siquiera en la tercera persona de una gran utopía, que excluya a los otros en su heterodoxia, y nos paralice en su desmesura. Es tiempo de aunar pequeñas realizaciones por muy diferentes que sean los porqués que las sustentan.

Es tiempo de bienvenida a la actitud ética de los estados, aunque estén movidos por la necesidad; es tiempo de bienvenida a la honestidad empresarial, incluso sabedores de su carácter rentable; es tiempo de bienvenida a todo tipo de proyecto ciudadano concreto que nos implique, dando razón de nuestra esperanza, dando esperanza a nuestra razón.

Una *razón solidaria* para un tiempo dónde sólo la eficacia a cualquier precio resultará un negocio demasiado caro. Una razón solidaria que no sea expresión de mala conciencia, sino el eje central de una lógica nueva centrada definitivamente en la dignidad de la persona humana. Una razón abierta a la *gratuidad* porque llegados a este punto no le quedan más razones que dar. Dar porque sí. Un sí que dignificará nuestra propia vida y también nuestra eficacia.

JAVIER FUERTES